Cuando falleció el Tío Filemón

Un homenaje a la memoria de Germán Filemón Techera y el legado guardado en el corazón de Lourdes

En los registros oficiales de la familia y en los papeles gastados por el tiempo, su nombre se leía con gran solemnidad: **Germán Filemón Techera**. Sin embargo, para cualquiera que hubiera cruzado el umbral de la casa familiar, él era simplemente, y con un respeto lleno de ternura, el **Tío Filemón**. Un hombre cuya presencia llenaba los espacios de alegría, anécdotas y una calidez que se transformaría en el pilar de los mejores años familiares.

Las décadas de 1980 y 1990 corrían como un torbellino de cambios, canciones grabadas de la radio, cintas de casete rebobinadas a mano con un lápiz y tardes largas de sol en la vereda. En medio de ese mundo que se transformaba despacio, una joven crecía asimilando el valor de los lazos de sangre: **Cándida de Lourdes Techera Guerrero**. Nacida un primaveral 21 de mayo de 1972, y a quien todos llamarían cariñosamente mamá Lourdes, transitó su juventud en aquellos vibrantes años cobijada por los consejos y la risa franca de su querido tío.

Para Lourdes, el Tío Filemón era esa figura incondicional que unía los domingos. El hombre capaz de calmar cualquier tormenta con una palabra precisa o de convertir una tarde ordinaria en un recuerdo imborrable. Compartieron la época de los grandes festivales de música populares, el nacimiento de nuevas tecnologías y la transición hacia un nuevo milenio. Él vio a su sobrina convertirse en una mujer fuerte, arraigada a los valores de la honestidad y el amor filial.

Pero la vida, al igual que las canciones de esos casetes que tanto escuchaban, también tiene un lado B y un final de cinta inevitable. El ciclo de la existencia aguardaba su momento.

Cuando el Tío Filemón falleció, el tiempo pareció detenerse en seco en el calendario de la familia. Aquel día, el eco alegre de los años 80 y 90 se volvió un murmullo lejano de nostalgia. Mamá Lourdes sintió que una parte fundamental de su propia historia, de su juventud y de sus raíces más profundas, se desprendía de la tierra. La casa se llenó de un silencio espeso, interrumpido solo por los abrazos apretados y las lágrimas de quienes sabían que se despedía a un ser irrepetible. Germán Filemón Techera partía de este mundo, dejando un vacío inmenso en el alma de su sobrina.

Sin embargo, los mitos familiares y las almas nobles nunca mueren del todo. El día del adiós, mientras las lágrimas se secaban, Lourdes comprendió que su tío le había dejado el regalo más valioso: su ejemplo. Cada vez que ella sintonizaba una vieja melodía de su juventud, cada vez que el

calendario anunciaba la llegada de mayo, y cada vez que narraba a sus propios hijos cómo se vivía en aquellos años dorados, el Tío Filemón volvía a sonreír a través de sus palabras.

Germán Filemón Techera no se marchó del todo aquel día; simplemente se mudó de forma definitiva al cofre de los recuerdos más sagrados de mamá Lourdes. Hoy, su nombre y su esencia siguen vivos en este cuento, recordándonos que el verdadero amor familiar trasciende cualquier frontera y permanece eterno a través de las generaciones.